

Podríase llamar Fin de fiesta de la temporada sardanístico-estival, a las dos audiciones de sardanas que corrieron a cargo de la cobla Barcelona en su visita a nuestra ciudad, el miércoles de la semana pasada. Es un acontecimiento siempre agradable y digno de todo encomio, el logro de unas audiciones por tan notable cobla, tanto más cuanto que aquel que se lo proponga, sabe que se va a encontrar con un vacío desalentador allí donde más obligados están a secundarle. No es pues de extrañar, que al solo anuncio de aquellas audiciones de sardanas cundiera la satisfacción entre los aficionados y público en general, confirmándola aún más, con su presencia en dicho acontecimiento.

Mas, si bien hubo algo tan simpático como la de recordar a nuestro compositor Julio Garreta, al ofrecernos una vez más su radiante sardana Juny, ¿viéronse todos los concurrentes a aquella audición complacidos en todos sus deseos? Quizás no es aventurado el opinar que no todos salieron satisfechos de ella.

¿Por qué no se recordó a José M.<sup>a</sup> Vilá, también hijo de nuestra ciudad y llorado compositor? Por su maestría, quien lo duda, en sus composiciones, y por hombre modesto y de bondad que fué, también es digno de tenerle presente en tales ocasiones. No es de creer que pueda dudarse de la inclusión de alguna de sus composiciones en una audición como la que nos ocupa, y que este olvido fué involuntario como puede ocurrirle a cualquier pobre mortal. Si se da esta llamada al buen criterio, no es con ánimo de atizar, sino para que estos fallos puedan tenerse presente en futuras ocasiones y no pueda haber quien se lamenta de cosas remediabiles.

Otro aspecto de la cuestión fué el de aquellas sardanas, tomadas como a danza. No se pretende descubrir nuevos razonamientos sobre este punto, discutido ya infinitas veces entre los sardanistas, pero como que se da pié para que se vuelva a insistir, a ello se procede. Habrá sardanas que deleitarán a los que gustan de escuchar solamente. Otras, a los que gustan de danzar y a más, las habrá que gustan tanto a unos como otros. ¿Por qué, pues, en general no se ofrecen estas, aparte alguna concesión exclusiva a los oyentes?

(Termina en la pág. 3)

# ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS, 14 SEPTIEMBRE DE 1950

## Don Eugenio, contra natura

**7 DIAS**

Vuelvo a Don Eugenio d'Ors, nuestro filósofo.

No admite, en el mismo artículo a que me referí la pasada semana, que la guerra sea una atrocidad, con lo cual no todos estamos conformes. Habla, sí, de la guerra total, y aquí ya empieza a encontrarle peros a la cosa. Para él la guerra en sí es una necesidad, teoría que no es del caso discutir aquí. Lo que no es lícito, dice, ni necesario, es la deformación de la guerra en sus variantes tóxicas, atómicas y bacteriológicas. Esto, para D. Eugenio, es «nefando», contra natura. Es una inversión del orden natural, de la misma guerra, en suma.

Estas fronteras que el ilustre sabio pretende delimitar son demasiado sutiles. Porque, ¿dónde termina la guerra legal y comienza la guerra total? En tanto en el campo de batalla los hombres se despedacen, todo va bien, parece decir: así se pátaleen las tripas unos a otros o se saquen los ojos a machetazos. Pero no lancemos a nuestros bombarderos contra ciudades abiertas, porque ello es un refinamiento impropio de guerreros que se precien. Es una conquista técnica aplicada a la guerra, y como tal, execrable. Y aduce el ejemplo del Dr. Fausto, cuya recobrada juventud, por haberlo sido a base de menjurjes brujeriles, era contra natura. Y el del oro del alquimista, maldito por su mismo origen. Dice además, D. Eugenio: «No hay magia blanca. Toda magia es negra». De modo, que no debemos trasponer el límite de una técnica moderada porque entonces se cae en la pendiente de la magia, el sadismo y la perversión contra natura. Y puestos ya en este plan se pregunta si el telégrafo y el avión no son conquistas excesivas, si no atacan las leyes de la naturaleza.

Ello nos llevaría muy lejos.

Nunca el hombre sabrá cuando detenerse en su santidad, en su maldad o simplemente en su avance técnico. Y siempre le asaltaría la duda de que no fuera un imperativo ético sino un timorato recelo lo que le impeliera a abandonar la carrera emprendida.

Ahora bien, puesto que, merced a una silente sofística nos lleva D. Eugenio a considerar que el telégrafo y el aeroplano son magia negra, «nefandae res» cosas contrarias a la naturaleza; ya en ese plan tengo gran satisfacción en constatar que igualmente me parece contra natura que D. Eugenio d'Ors se haya comprado una ermita donde pretende sostener sabrosos coloquios con los ángeles, especialmente con su custodio, que, según reiterada confesión («La Vanguardia» 20-IV-50), le ha asistido durante toda su vida de escritor y glosador. Los hombres, a secas, aunque alguna vez pueden tener visiones, no suelen ser éstas de ángeles: además, hace falta ser un gran místico para pretender comunicaciones celestiales. Y, francamente, creemos que media un gran abismo entre Santa Teresa y D. Eugenio.

No: la teoría de que, por un querer del cielo, sea precisamente el autor de «La Ben Plantada» el escogido para que una cohorte de ángeles le sirva sus frases brillantes en bandeja es insultante, y más por haberla formulado el propio interesado. Admitamos que es una excelente inteligencia la suya. Ahora bien, rodearse de ángeles a su servicio, me parece un endiosamiento contra natura. Nos huele a camelo, vaya. O si queremos ser más indulgentes, a magia negra. Y a angelitos negros, desde luego.

J. V. A.

¿.....?

Mi reseca mollera ha dado tanto de sí durante este verano que no sé como arreglármelas para encontrar tema en que basar mi artículo. Menos mal que se acerca el otoño y podré entonar un canto a la melancolía y luego el feraz invierno que invita a la reflexión. Vamos a ver: ¿Relieve de la semana? Cojo un calendario semanal y paso mi índice a lo largo de los numeritos. Lunes, martes, miércoles, jueves... todos con ligeras ondulaciones, propias de la estación y del tiempo. Podría hablar de la poesía del simple vivir, pero quizás desembocaría en la peligrosa senda del vivir simple. No, no; continuemos adelante: viernes, sáb... ¡alto! entre el viernes y el sábado algo ha rasgado la yema de mi índice. Aquí hay gato encerrado; ¿a ver?—No, no es gato: es conejo. El relieve es producido por un huesecillo de conejo según ha certificado mi cocinera que es licenciada en arte culinario (que fea palabra para expresar tan delicada ideal) ¡Caramba! Podría ser un fósil de un roedor antidiluviano porque la punta señala hacia Romañá.

Escarbemos más:—Un montón de huesos aquí, otro montón allá, otro acullá. Si ahora yo hubiera leído libros policíacos sabría el por qué, el cómo y el cuando del asunto que me intriga; pero por desgracia soy un lego en la materia. Afortunadamente conozco un señor que es una verdadera autoridad en el asunto; ha leído nada menos que ochenta y siete novelas de la colección «Intriga, crimen y misterio» amén de un centenar de «Coyotes». Pasa por ser una persona de amplia y bien cimentada cultura. Me recibe muy amablemente y cuando le he expuesto el caso se queda serio y pensativo. Enciende un pitillo y mientras contempla los arabescos que forman las volutas de humo, me dice con admirable aplomo:—Sr. Esplay, esto significa que en dicho día hubo una gran comilona precedida de una notable hecatombe en la parte N. del término municipal.—Así ¿estos huesos no son fósiles?—Amigo mío, se ve que es V. lego en lógica detectivesca. Debe leer, se lo recomiendo, los grandes libros clásicos «La muerte tras una pechuga de pollo» y «El rodaballo rabioso». Allí verá como observando el periostio en las apófisis se nota como la sinovia ha sufrido